

THRILLER TECNOLÓGICO

EL CONDUCTO DE LA VERDAD

CUANDO LOS DATOS MIENTEN,
LA DECISIÓN MATA

FRANCISCO MACHINANDIARENA

ADELANTO DE PRENSA

EL CONDUCTO DE LA VERDAD

Cuando los datos mienten, la decisión mata.

FRANCISCO MACHINANDIARENA

ISBN 978-631-01-7014-5

Un thriller tecnopolítico inspirado en hechos reales sobre inteligencia artificial, guerra moderna y decisiones bajo presión.

SELECCIÓN AUTORIZADA | 10 PÁGINAS DEL INTERIOR

Prólogo completo

La Orden | páginas 15-20

Inicio del capítulo 1

Humo en Langley | páginas 23-26

NOTA EDITORIAL

El adelanto conserva la composición y la paginación de la primera edición. Entre el prólogo y el capítulo 1 se omiten únicamente las páginas divisorias 21 y 22, sin contenido narrativo.

CONDICIÓN DE USO

Material para lectura, evaluación y cobertura periodística. No autoriza a reproducir íntegramente el extracto. Las citas breves deben atribuirse al autor y a la obra.

Obra de ficción inspirada en hechos públicos. Las opiniones son personales y no representan oficialmente al Ejército Argentino, la UNDEF ni a otra institución.

PRÓLOGO

La Orden

La velocidad también es un arma

El mar estaba negro.

No tranquilo.

Negro.

A través del visor nocturno, la espuma parecía casi fosforescente bajo los patines del helicóptero.

La aeronave volaba pegada al agua, tan baja que el océano parecía querer tragársela. Era un truco viejo con un propósito simple: no regalarle ángulos limpios al radar.

En la cabina, arrodillado entre mochilas, correas y cuerdas de seguridad, el comandante Alex Rivera ajustaba su chaleco como si estuviera cerrando una promesa. El ruido era brutal. También su concentración.

La pantalla de mando sujeta contra el pecho no mostraba un mapa normal.

Mostraba una historia en movimiento: puntos que se encendían, capas que aparecían y desaparecían, etiquetas de confianza que cambiaban como el pulso de un paciente. Rivera no necesitaba a nadie para interpretarla.

Había pasado demasiadas noches mirando puntos que no eran puntos.

Un punto podía ser un hombre. Y un hombre podía convertirse en una guerra. Un tono breve resonó en su casco. No venía de la aeronave. Venía del comando.

La voz del comando llegó aplastada por el rotor:

—Confirmación de ejecución. Hora de referencia Venezuela: 2346.

Rivera lo sintió en el estómago antes de que la mente terminara de procesarlo.

La marca temporal significaba que, en unas horas, un país entero podía despertar con una capital oscura y un presidente ausente. Si el sistema aguantaba.

La pantalla mostró la secuencia que habían ensayado hasta volverla reflejo:

Sensores → Procesamiento en el Borde → Trama de Datos → Aplicaciones de apoyo → Comando y Control (C2) → Medios de acción → Evaluación de daños (BDA) → Reasignación

Rivera no necesitaba la clase.

Los sensores veían. El procesamiento en el Borde separaba la señal del ruido antes de enviarla. La Trama trasladaba los datos sin perder su origen. Las aplicaciones los convertían en una imagen y en opciones. Comando y Control (C2) decidía qué hacer y asumía la responsabilidad.

Para él era más simple: ver, unificar, comprender, ordenar, actuar, comprobar y corregir.

Después apareció la primera advertencia que no figuraba en ningún cartel de capacitación.

LINAJE DE DATOS: FUENTE DUDOSA / RESTRINGIDA / NO COMPARTIDA

CONFIANZA: EN REVISIÓN

Rivera se quedó inmóvil.

No era miedo.

Era disciplina.

El pulgar le presionó una costura del guante hasta sentir el cuero ceder apenas.

El mar permanecía negro bajo los patines. El helicóptero lo desafiaba a centímetros de altura, obedeciendo una línea que existía solo porque demasiados sistemas, demasiadas autorizaciones y demasiados silencios seguían coincidiendo.

Por ahora.

La línea del corredor aguantaba.

Por ahora.

El primer agujero no fue por un disparo.

Fue por la cadena de confianza detrás de la imagen.

Datos malos bajo un cronómetro en marcha no solo llevan a una mala decisión. La vuelven irreversible.

En Florida, detrás de pantallas limpias y escudos invisibles, la orden ya había salido sin tinta:

EJECUTAR VENTANA

Rivera no pensaba en consignas.

Pensaba en dependencias: aeronaves, cuerpos, autoridades, reglas y esa fragilidad que nadie quería nombrar demasiado pronto.

Una ventana no era solo una hora en un reloj.

Era una alineación inestable: clima, sorpresa, cobertura, rutas bajas, emisiones controladas, permisos y silencios. El reloj no guiaba.

La ventana sí.

Aquella noche, el sistema exigía velocidad.

Y la velocidad siempre cobraba algo.

Ser rápido reducía el tiempo de reacción del enemigo, pero aumentaba la dependencia de cada capa frágil.

Ser lento daba margen para verificar, pero rompía la sorpresa y dejaba a la tropa más tiempo expuesta. El problema no era solo ético. Era físico.

Cuanto más rápido te movías, menos tiempo tenías para verificar si el punto en la pantalla era un blanco, una sombra o un error.

La radio chasqueó otra vez. No fue una llamada táctica. Fue un recordatorio de efectos.

—El apagón va en ventana uno.

Rivera tragó saliva.

Le importaba poco cómo lo llamarían después: apagón, efecto no cinético, preparación del terreno.

Solo le importaba lo que podía ocurrirle a una capital sumida en la oscuridad.

Alarmas de terapia intensiva sin respaldo de energía eléctrica. Puntos de reunión convertidos en puntos de impacto. Ascensores transformados en jaulas. No cinético no significaba inofensivo. El canal de comando se llenó de fragmentos. No una discusión completa. No una reunión.

Solo pedazos de una máquina más grande respirando bajo presión.

—HUMINT permanece compartimentada.

Un corte.

—Sin transferencia.

Otro corte.

—Identificación Positiva o PID defendible... incompleto.

PID o ¿Estamos seguros de que este es el blanco correcto?

Después, una frase que sonó demasiado limpia para la hora:

—Si esto sale mal, no será un error táctico. Será un precedente.

Rivera apretó los dientes. La frase no hablaba solo de Venezuela. Hablaba del futuro. Más datos no significaban más verdad.

La aceleración del sistema solo servía cuando las entradas eran limpias.

Esa noche, las entradas estaban siendo disputadas. La pantalla no gritaba. Solo negaba certeza.

LINAJE: AMBIGUO

Un latido después, peor:

RESOLUCIÓN DE IDENTIDAD: DEGRADADA

El helicóptero seguía avanzando. El rotor seguía golpeando la noche. El sistema seguía prometiendo velocidad.

Pero la verdad empezaba a desarmarse antes de llegar a quien tenía que decidir.

La fricción no era la puerta ni el hombre armado. Eso era previsible.

La fricción era más limpia, más moderna y peligrosa: parte de los datos críticos no podía circular por el mismo circuito que el resto. La arquitectura podía unificar lo que tenía permitido ver. No podía unificar lo que no podía tocar.

Y cuando faltaba una pieza, el sistema hacía lo que los sistemas hacen bajo presión. Completaba. Interpolaba. Ofrecía forma donde todavía había ausencia.

Rivera no era antitecnología. Conocía los sistemas. Los usaba. Había sobrevivido gracias a ellos. Lo que lo perturbaba era otra cosa: el sistema le estaba pidiendo que arriesgara vidas —las de su equipo y las de civiles que nunca vería— sobre una imagen común que tenía una laguna exactamente donde no podía permitirse tenerla.

Y el reloj no se detuvo.

El primer indicio de que el plan funcionaba fue un silencio extraño. Como si el enemigo hubiera tragado su propio grito.

Después llegó la telemetría: cambios eléctricos, variaciones en tráfico de red, huecos en emisiones.

Rivera no necesitaba interpretar cada detalle para entender la verdad básica. Algo había cambiado en la ciudad. El BDA o la evaluación de daños no era un aplauso.

Era una pregunta: si habían apagado lo necesario o habían cruzado la línea. La pantalla actualizó el objetivo:

AJUSTE DE VENTANA

PRIORIZAR NODOS MILITARES

MINIMIZAR IMPACTO CIVIL

Lo único que importaba era convertir aquel efecto no cinético en algo quirúrgico.

Si no, la política los derrotaría antes que el enemigo. La imagen común se renovó. La advertencia no desapareció.

LINAJE DE DATOS: AMBIGUO

Confiar, verificar y seguir moviéndose.

Todo al mismo tiempo.

Otro fragmento llegó por la cadena de mando, exactamente el que Rivera no quería escuchar:

—Confirmación final HUMINT no pasará. Clasificación alta.

Rivera cerró los ojos un instante.

Compartimentado.

La palabra elegante para decir: confía en nosotros; no preguntes.

Cuando los abrió, vio lo que el sistema hacía cuando le faltaba una pieza.

Interpolaba. Dos ubicaciones posibles. Dos rutas posibles. Dos probabilidades.

Y un rótulo que ya no intentaba disfrazar el problema:

RESOLUCIÓN DE IDENTIDAD: DETERIORADA

El helicóptero volaba bajo. El mar seguía negro. Pero dentro de la cabina el aire cambió.

Fue el instante exacto en que la tecnología dejó de sentirse como ventaja y empezó a sentirse como ancla. El jefe de tripulación habló de nuevo:

—Datos primarios inestables. Cambiando a alternativos.

Rivera sintió la transición como si el piso se volviera arena.

PACE en tiempo real. Como en comunicaciones, Principal, Alternativa, Contingencia y Emergencia – PACE. La arquitectura bajando capas para no colapsar. Los alternativos aguantaron unos segundos.

Después, como si alguien hubiera puesto la mano sobre el mundo, la pantalla se congeló en el último fotograma utilizable.

Dos puertas.

Nada más.

Dos puertas y una decisión que ningún modelo podía absorber por él.

Junto al panel, una tarjeta vieja seguía pegada con cinta.

Sensores → Procesamiento en el Borde → Trama de Datos → Aplicaciones de apoyo → Comando y Control (C2) → Medios de acción → Evaluación de daños (BDA) → Reasignación

Debajo, escrita a mano, una nota que Rivera había leído cien veces y que esa noche dejó de parecer advertencia abstracta: La velocidad es un arma y también lo es la duda.

CAPÍTULO 1

Humo en Langley

Señales débiles. Fuentes humanas frágiles. El primer empeñamiento por quién controla la misión.

En Langley, nunca se esperaba que ocurriera un incendio. Los focos parpadeaban. Las insignias aparecían por instinto.

Dentro del edificio, la confusión era la forma en que comenzaba cualquier operación antes de que alguien se animara a llamarla crisis.

Jade Sullivan, de la CIA, estaba de pie junto a la pantalla, sostenida por café malo, demasiado poco sueño y una pregunta que ya no podía sacarse de encima: qué seguía contando como verdad cuando el sistema empezaba a tocar la verdad.

Observó la pared de blancos: puntos, capas, etiquetas, prioridades. Todo ordenado con la calma falsa de las cosas que parecen objetivas hasta que alguien las alimenta mal. Una alerta ámbar parpadeó en el borde inferior.

No era grave.

Todavía.

Ese era el problema con las primeras grietas: casi siempre parecían detalles.

Jade sintió que la mala idea de la noche se formaba detrás de sus dientes.

Si algo tan pequeño podía hacer temblar a todos, ¿qué pasaría cuando la imagen misma empezara a mentir?

Había visto antes lo que una inferencia mal vestida de certeza podía hacerle a un expediente y a una familia. Desde entonces, cada etiqueta demasiado limpia le dejaba un gusto metálico en la boca.

Al mismo tiempo, en Caracas, el garaje apestaba a diésel y calor.

Tres niveles bajo tierra, donde la ciudad guardaba secretos como la piel guarda moretones.

Cámaras por todas partes. No había que mirarlas. Mirar significaba que algo ocultabas. La fuente no perdió el ritmo. En esa luz no era una fuente.

Era una empleada de compras con facturas, un teléfono prestado y el paso calculado de quien no quería parecer urgente.

Detrás de ella, unos pasos intentaban no sonar como sombra.

Más adelante, un sedán esperaba con las luces apagadas. No era la policía. En Caracas, la policía quería testigos. Ese sedán no buscaba testigos. Buscaba un indicio. El auricular permaneció en silencio. Bien. El silencio significaba que nadie estaba improvisando.

La fuente cruzó el umbral de la escalera, empujó la puerta con el hombro y se deslizó adentro.

Solo cuando se incorporó al tránsito se permitió mirar el espejo. El sedán seguía allí.

Y su teléfono prestado —que supuestamente estaba muerto— vibró una vez. Una sola palabra en la pantalla:

TE VI

La Célula de Objetivos no tenía ventanas por diseño.

En los corredores, el edificio parecía lo bastante normal como para confundir burocracia con propósito. Dentro de la célula, lo importante era la velocidad. Y la velocidad exigía confiar en la imagen.

Por el pasillo llegaba olor a papel quemado. Una trituradora se había recalentado en Archivos. Nadie corría. En Langley, incluso el humo parecía esperar autorización. Hale agitó una mano frente a su rostro.

—Por Dios. Es como si alguien hubiera prendido fuego a una biblioteca.

Jade no se rió.

Tenía treinta y tantos años, el cabello siempre recogido y una expresión contenida, como si le pagaran por cada gramo de emoción que no mostrara.

Miró el mapa del norte de Venezuela: subestaciones eléctricas, instalaciones militares, sitios de defensa aérea, casas seguras conocidas, casas seguras probables, puntos rojos. Los puntos rojos significaban información no verificada. No verificada significaba peligrosa.

Landis, del Departamento de Justicia o DOJ, llevaba tres días en la célula y ya sabía dónde estaban los puntos débiles: entre las autoridades, en el lenguaje y en todo lo que la gente temía dejar por escrito.

No anotaba para ganar una discusión. Anotaba como quien ya veía la línea que un juez podía subrayar seis meses después.

—Tenemos una causa judicial abierta —dijo—. La misión debe terminar en una captura sostenible ante la justicia.

Jade no apartó la mirada de los puntos rojos.

—No se arresta a un jefe de Estado con una corazonada y una orden de captura.

—Se lo lleva ante la justicia con autoridad legal.

—Y se lo encuentra —respondió Jade— con una imagen que se rompe si tratamos cada informe como intercambiable.

Una tercera presencia llenó el umbral.

El comandante Alex Rivera.

No llevaba traje. Vestía de civil, pero nada en él ocultaba lo que era: hombros anchos, pelo rapado y la postura de alguien acostumbrado a frenar embestidas.

Rivera sabía que, en las salas interinstitucionales, la primera batalla siempre era por el lenguaje.

Recorrió la habitación, el mapa y el olor a papel quemado.

—¿Tabaco?

—La trituradora —dijo Hale.

Rivera asintió sin apartar los ojos de los puntos rojos. Jade pulsó uno.

—Acabamos de recibir una señal de emergencia desde el campo. Y un paquete.

Landis se acercó.

—¿De quién?

Jade no respondió enseguida. La pregunta parecía sencilla. No lo era.

Antes de que ella hablara, Grant apareció junto a la mesa. No hizo ruido. No necesitaba hacerlo. La carpeta que llevaba contra el pecho ya decía lo suficiente.

—De una fuente humana —dijo Grant.

Landis miró la carpeta.

—¿Nombre?

Grant sostuvo su mirada.

El pulgar le quedó blanco sobre el borde de la carpeta.

—No.

La negativa no fue burocrática. Fue física. Como cerrar una puerta antes de que entrara humo.

No había rabia en su cara. Había memoria: la clase de memoria que no necesitaba nombres porque todavía conservaba los silencios.

Rivera observó la escena como si viera a tres personas pelear por el volante de un auto que ya iba hacia un precipicio.

—¿Qué hay en el paquete?

Jade colocó una impresión sobre la mesa. No era una foto. No era una confesión. Era un patrón: tiempos, rutas, rutinas. Patrón de vida.

La clase de frase que volvía invisible a una persona hasta convertirla en hábito.

Al fondo, una nota en español, traducida de apuro al inglés:

DOS NOCHES

LUEGO SE MUDA

NUEVO LUGAR

ALGUIEN ESTÁ ESCUCHANDO

Rivera la leyó dos veces.

La segunda, más despacio.

—¿Qué tan seguro?

Jade hizo un gesto hacia la pantalla.

—No es un informe aislado. Lo estamos cruzando.

Rivera inclinó apenas la cabeza.

—Traducí.

Jade aceptó la orden inmutable.

—Satélites, sensores, señales, informes humanos. Ninguno vale solo. La pregunta es qué queda de pie cuando los hacemos tocarse.

Landis agregó:

—Y qué parte de eso podrá sostenerse después en un tribunal.

Jade aceptó el punto sin regalarle la escena.

—La fusión es tan buena como su linaje.

Rivera miró los puntos rojos.

—Linaje.